

OTILIA LÓPEZ FANEGO

ACTUALIDAD DE MONTAIGNE. LOS *ESSAIS*, UNA TRADUCCIÓN POR HACER

En esta ocasión en que nos hemos reunido aquí para hablar, entre otras cosas, de traducciones y de adaptaciones en el Renacimiento, queremos llamar la atención acerca de una lamentable y, en cierto modo, humillante carencia: la ausencia de una buena traducción de la obra francesa más importante del siglo *xvi*, los *Essays* de Montaigne.

A diferencia de otros genios que han impulsado el desarrollo de la ciencia y de la filosofía, imprimiéndoles rumbos nuevos, pero que hoy sólo suelen interesar a los historiadores o a los especialistas, Montaigne, en apariencia más modesto, por haber consagrado su atención, minuciosa, objetiva, inteligentemente crítica, al estudio del hombre, está hoy más vivo que nunca. No vamos a descubrir, en estas forzosamente breves líneas, nada nuevo tratando de explicar la gran trascendencia que, en la historia del pensamiento y de la cultura, representa la obra de Montaigne, creador de un número literario que no ha dejado de atraer cada vez más a los escritores y lectores amantes de la meditación abierta y enriquecedora. Recordemos tan sólo que, hostil a toda sistematización y contrariamente a los que después han adoptado el título de «ensayo» para designar estudios especializados, Montaigne es, como es sabido, el primer escritor laico que rompe con la especialización de su época, la del jurista, la del teólogo, la del político, la del moralista, la del historiador. Pasea su mirada penetrante y reflexiva por cuanto le rodea y especialmente sobre sí mismo, sin orden aparente ni preconcebida finalidad. Sabe que el detalle más insignificante puede hacer surgir resonancias inesperadas. Todo le interesa, lo trivial y lo grandioso, lo tosco y lo delicado; el hecho más nimio puede desembocar en densas y profundas digresiones, las anécdotas más anodinas suelen descubrir repliegues insospechados de la conciencia humana. Cualquier movimiento nos descubre. Montaigne pertenece a ese grupo de pensadores cuyo instinto, cualquiera que sea el asunto tratado, les lleva indefectiblemente a dar en los problemas esenciales, la creencia, la moral, la política, la educación. Como los errores de los hombres se engendran de ver las cosas desde distintos puntos de vista, Montaigne se esfuerza por considerarlas desde todas las perspectivas posibles; de ahí sus aparentes contradicciones, pero también esos distingos tan perspicaces, esas matizaciones tan sugerentes que incitan al lector a replantearse de nuevo las mismas preguntas y le invitan a pensar por sí mismo y no por delegación.

Su estilo se adapta maravillosamente a su propósito: no hacer prevalecer sus puntos de vista valiéndose del énfasis verbal; y, esto, precisamente, le da una pecu-

liar y seductora eficacia persuasiva. Frecuente sensación, pues, de serenidad, de placidez, cuando precisamente está librando batalla a las fuerzas más terribles de la Historia: la superstición, el fanatismo, la irracionalidad. Los *Ensayos* son un libro ameno, sí, pero combativo y como tal incluido en el «Índice de Libros prohibidos» por la Inquisición española desde 1640 y por la Inquisición romana desde 1676¹. Y, cosa curiosa, sorprendente, ese arte exquisito de insinuar, en que la levedad de la forma encubre la audacia y profundidad de la idea, sigue siendo el secreto de Montaigne.

Por todo esto nos parece oportuno dedicar un recuerdo a su perenne actualidad en nuestros días, aquí y ahora. Cierto que hablar de Montaigne es empresa un tanto temeraria si se piensa en la inmensa bibliografía surgida en torno a su obra desde los más variados y aún opuestos puntos de vista. Grande es el peligro de no decir sino trivialidades; sin contar con que todo comentario acerca de un autor corre el riesgo de traicionarle. Particularmente acerca de Montaigne, tan vario, tan denso, consciente o inconscientemente, nuestras preferencias iluminarán con mayor intensidad aquellos aspectos que más nos interesen y dejaremos en la sombra otros acaso no menos interesantes y no menos dignos de retener nuestra atención, rompiendo así el maravilloso equilibrio de la obra, conseguido con insuperable maestría y que, a despecho de un aparente desorden, supone el logro de una composición tan perfecta como original.

Así, lo que puede disculparnos es que sólo tratemos de responder a su íntimo afán de comunicación. Sus frecuentes interrogaciones nos están invitando constantemente al diálogo cordial y sincero. ¿Por qué no ceder a la tentación de conversar y de opinar en tan ilustre compañía? No hay en ello mérito alguno: el dialogar con Montaigne es siempre un deleite, más bien un privilegio. ¿Pero, de qué hablar? Nos atraen en este momento algunas de sus ideas sobre diálogo, política, educación, convivencia, libertad.

Ahora en que, con tanta razón, se insiste en la necesidad de diálogo, ¿existen observaciones tan atinadas, tan pertinentes al respecto, como las que expresa Montaigne y que tanto entusiasmaban a Jovellanos? Gusta Montaigne del diálogo, ese a la par excitante y fecundo adiestramiento de la inteligencia: «El más fructífero y natural ejercicio de nuestra mente, nos confiesa, es, a mi parecer, la conversación»². Le gusta, decimos, conversar, discutir, discutir apasionadamente —entiéndase en serio, sin querer conciliar lo inconciliable, sin callar por cobardía— con fervor en busca de la verdad cuya búsqueda debe ser el objetivo común de los contrincantes. Su acaloramiento no implica terquedad obstinada en este hombre al que no le hiere ninguna opinión contraria a la suya; es un íntimo e irrefrenable deseo de llegar al fondo de los temas de que se trata y un hondo desprecio por las discusiones hueras en las que se habla de todo superficialmente para no decir nada, en las que cada uno, atento sólo a sobreponerse al adversario, se desvía del asunto y, en lugar de rebatir razonablemente al oponente, trata de imponerle argumentos que ya nada tienen que ver con la cuestión que se debate. Por eso Platón, nos recuerda Montaigne, decía que había de prohibirse discutir a los ineptos, cuyas discusiones, en lugar de ser un recreo para el espíritu, son piélagos en que se ahoga y queda aniquilada la verdad. La necesidad, casi siempre presuntuosa le irrita. «No se puede discutir de buena fe con un tonto.» Todo ejercicio de la mente es solamente adecuado para mentes adecuadas. Claro que pocas cosas hay sobre las

¹ Cfr. nuestro estudio *Quelques précisions sur Montaigne et l'Inquisition espagnole*, presentado en el «Congreso internacional sobre Montaigne» celebrado en Burdeos en junio de 1980.

² Montaigne, *Essais*, libro III, cap. VIII y *passim*.

que podamos emitir un juicio sincero porque pocas hay en las que no estemos, en cierta medida, interesados particularmente. El interés individual se sobrepone casi siempre a la razón, a la evidencia. Montaigne sólo se aviene a discutir con pocos hombres, aunque a todos suele gustar de escuchar. ¡Con cuánto gracejo, teñido de amargura, evoca esas discusiones en que la prudencia y ecuanimidad de los mejores resulta avasallada por el atrevimiento y la audacia obstinada de los más incapaces; aquellos, desalentados por las sinrazones y desvaríos de sus adversarios acaban por callarse; éstos, orgullosos de su ventaja, imponen sus decisiones a la masa que, incapaz de juzgar por sí misma, de discernir los auténticos valores, y subyugada por el aspecto vencedor y el tono de infalibilidad de los ignorantes, los aplaude y los sigue.

En estos tiempos en que abundan verdaderos diálogos de sordos, en que con tal de no parecer reaccionario, cualquiera propone los mayores desatinos, en que triunfa con frecuencia la demagogia, esa precursora de todas las tiranías, es saludable meditar en el motivo en que Montaigne fundamenta su afición al diálogo. Interviene en una conversación, nos dice, con gran libertad y facilidad porque, en principio, las opiniones de su oponente no hallan en él terreno abonado para implantarse irreflexivamente. En una palabra, no es maleable, no se deja dominar fácilmente; no es hombre que se deje maniatar el juicio ni por las creencias de la masa ni por los prejuicios de la élite, aunque, por supuesto, «rinde sus armas a la verdad tan pronto como la advierte». Y aquí nos vienen a la memoria las oportunas palabras de Ortega: «En una época como la nuestra de puras “corrientes” y abandonos es bueno tomar contacto con hombres que no “se dejen llevar”»³. Y es que Montaigne ha creado, ante todo, un método de diálogo y de meditación, una forma de enfrentarse con los problemas vitales, basada primordialmente en sus experiencias sobre su propio yo, y, por extensión, sobre el hombre concreto, individualizado, siempre el mismo y siempre distinto, anticipándose así a D'Alembert, a Pope, a Lessing, para quienes el más noble tema de estudio para el hombre es el hombre.

También la actitud política de Montaigne, sus reflexiones, su ideal, su práctica, pueden invitarnos a meditar sobre tan interesante cuestión. Mucho se ha hablado de su conservadurismo, de su aversión a la «novedad» que en él designa principalmente al protestantismo. Este sentido lo captarán perfectamente y lo harán suyo los libertinos, los primeros descendientes espirituales de Montaigne, que, hostiles a toda confesión religiosa, adoptan con frecuencia, para que sus palabras no parezcan apoyar a los reformados, la apostilla de que «aborrecen la novedad»⁴. Y es que el impulso entusiasta de los primeros tiempos de la Reforma que atrajo a una élite del espíritu, deseosa de renovación, ya está corrompido cuando Montaigne escribe sus *Ensayos*. Le toca vivir las terribles guerras de religión, de todas las guerras civiles, las peores, y advierte cuán diferentes son los móviles que mueven a ambos bandos, de las razones que pregonan. Su espíritu clarividente, práctico, realista, observa que no son unos mejores que los otros y lamenta profundamente los desórdenes que la «novedad» ha traído consigo. Porque por lo demás está por encima de preocupaciones metafísicas y si permanece en el campo católico no es por plena adhesión sino porque se siente inexperto para discernir si existe ventaja alguna en el cambio. Su postura es, en cierto modo, precursora de los que, después, pensarán que la Reforma, en lugar de mayor apertura, produjo en los países fieles

³ José Ortega y Gasset, «La rebelión de las masas», *Revista de Occidente*, 1952, pág. 11.

⁴ V. J. S. Spink, *La libre pensée française de Gassendi à Voltaire*, Ed. sociales, 1966, cap. I.

al catolicismo un refuerzo de la Iglesia y una posición cada vez más cerrada e intransigente de ésta.

Montaigne ha criticado duramente su época en que una terrible incertidumbre domina la vida amenazada por provocaciones, denuncias, exilios, torturas, matanzas. «La maldad, advierte, ha llegado a ser legítima y, lo que es peor, ha adoptado con el consentimiento del magistrado, la imagen de la virtud.» Nadie está seguro; nadie es libre. Y Montaigne ambiciona por encima de todo la seguridad y la libertad. El mejor gobierno sería el que garantizase la máxima independencia personal y la máxima protección individual. En otra situación le hubiera gustado, nos confiesa, poder servir a la cosa pública, estimando que «la más honrosa profesión es servir al público y ser útil a muchos». Con todo no se olvide que no vivió aislado en su torre y que, de hecho, hoy se sabe con certeza, intervino bastante en la política de su tiempo, sobre todo, como mediador leal entre ambos bandos y tendiendo siempre al apaciguamiento del país. Se considera apto para llevar a cabo acciones, incluso peligrosas, que requieran valor, libertad, conducta recta y decisión rápida; mas es incapaz de prestarse a misiones largas, desleales y gobernadas por la astucia. Su actitud, nunca de entrega total, proviene de su convencimiento de que «el bien público requiere que se traicione y que se mienta y que se mate». Y para él nada justifica «ni la mentira, ni la traición, ni el asesinato». Asimismo, «todas las cosas no pueden serle permitidas a un hombre de bien, ni por el servicio de su Rey, ni por el de la causa general, ni por el de las leyes. Pues los deberes para con la patria no anulan los otros deberes». Y concluye con esta agudísima observación: «a la patria le importa mucho que los ciudadanos se comporten siempre bien...» porque Montaigne ya ha advertido en otra ocasión que la costumbre se convierte en naturaleza. Perniciosísimo es que los hombres adquieran malos hábitos, funesto es que se fomenten.

Atento sólo al hombre concreto, a la realidad del momento, desprecia, considerándolas ridículas, las utopías políticas basadas en abstracciones de mentes idealistas que desconocen las condiciones de la vida tal y como es. Sabe, además, que los hombres suelen sentir los males públicos sólo en la medida en que atañen sus intereses privados. Las ideas, aun las más altruistas, no conservan, al desarrollarse, la pureza de su origen; en la práctica e incluso mucho antes de su triunfo, si es que éste se produce, no mantienen ya la abstracta lógica de sus principios. Como Lucrecio y como Séneca sabe también que el miedo engendra crueldad; de ahí el terror por el que han de mantenerse las tiranías. Pero también el intelectual generoso y fanatizado, enamorado de una quimera, es capaz de aniquilar por el logro de su ideal. Porque, en definitiva, las ideas, puras abstracciones, no son otra cosa que lo que sean los hombres que las ostentan. De ahí que, pensamos, el ideal cambie tantas veces de rumbo y que como ha dicho tan bellamente Jean Rostand tengamos que «cambiar a menudo nuestra orientación para seguirle, como el girasol se desplaza para ser fiel a su luz»⁵.

La mentalidad de Montaigne, abierta como corresponde a los humanistas del Renacimiento, está exenta de todo partidismo. Su comportamiento, mejor dicho, su ética política, es una inteligente y rara síntesis de espíritu a la vez independiente y comprometido. Independiente, por la imposibilidad de doblegar su conciencia, de obedecer ciegamente, de adherirse ni entregarse sin previo examen a una causa sin sentirse plenamente identificado con ella y con sus tácticas y procedimientos. Comprometido, por su amor a la verdad, por estar siempre dispuesto a rectificar

⁵ Jean Rostand, «Propos et pensées de Jean Rostand», en *L'oeuvre scientifique et philosophique de Jean Rostand*, Classiques Larousse, 1968, pág. 129.

lealmente, y a servir lo que su razón y su espíritu crítico consideren justo. En cuanto a su hondo sentir, bien claramente lo ha ido indicando al filo de sus meditaciones. Citemos tan sólo estos ejemplos: «... las sociedades en que hay menos disparidad entre los amos y los servidores me parecen las más justas». «El más feliz gobierno de un estado sería aquel en que, siendo todas las demás cosas iguales, la primacía se otorgase por la virtud y la preterición por el vicio». Y también: «Quien pudiera hallar un medio mediante el cual se pudiera, juzgando con justicia, escoger a los hombres por la razón, establecería sólo con esto, una forma perfecta de sociedad.» Mas Montaigne sabe que esto es tan sólo una bella ilusión. Su experiencia aconseja que «hay que preservar la libertad de nuestro espíritu y no hipotecarla sino en las ocasiones justas».

Muy bellas páginas se han escrito comentando las ideas pedagógicas de Montaigne, eternamente vivas, perennemente actuales. De dos aspectos fundamentales se ha ocupado primordialmente: de la formación del espíritu crítico, del juicio recto y objetivo que no excluye la sensibilidad y de la adquisición de conocimientos. No es tan ingenuo como para creer que todos los hombres están dotados de idénticas capacidades y que por lo tanto son igualmente para el desempeño de las distintas tareas de la inteligencia. Ha previsto con fina intuición los peligros de la verdad a medias, del saber carente de discernimiento, de la seudocultura, esa frecuente y aterradora mezcla de ignorancia arrogante y de los intereses más torpemente egoístas.

Montaigne, que tanto estima y honra el saber y que considera que es la más noble y poderosa adquisición de los hombres, no deja de percibir el riesgo tremendo que entraña la ciencia en malas manos. No comparte la opinión de los que creen que la ciencia nos hace mejores. Por eso la adquisición de saber no puede desligarse de la formación del juicio independiente, alejado de la obediencia ciega y servil y de la obstinación tenaz de las mentes obtusas, ni tampoco puede separarse de la formación de una conciencia recta, capaz de distinguir donde está el bien, la razón y la verdad. E insiste: la ciencia no se deja poseer por todos: en algunos es símbolo de superioridad, en otros es pretexto de insolencia. Observa que es precisamente entre los cultos donde más abundan los ineptos: hubieran podido ser buenos padres de familia, buenos mercaderes, buenos artesanos; su vigor natural era proporcionado a estos menesteres. Porque la ciencia no es eficaz sino en naturalezas adecuadas y éstas son escasas. Hoy es un tópico repetir que la ciencia es un arma terrible que puede volverse en cualquier momento en contra de la humanidad. Como Montaigne pidamos que el maravilloso poder de la ciencia esté siempre en buenas manos, al servicio del hombre.

Digamos también que en este forzosamente limitado recuerdo dedicado a la actualidad de Montaigne, inexcusable resulta no aludir a lo que se viene llamando su «arte de vivir», expresión feliz que resume su actitud ante la vida y que ha llegado a ser trivial de tanto como se ha repetido y a veces con demasiada frivolidad. Hoy es casi imposible hallar a un estudioso de los *Ensayos* que no utilice esa definición al referirse al mensaje filosófico que nos ha legado Montaigne.

«Arte de vivir con todos», nos place recordar que ya había dicho Diego de Cisneros, el primer traductor español de Montaigne, al juzgar los *Ensayos*, destacando así, acaso por primera vez, su carácter social de tolerancia, de convivencia, de respeto hacia los demás, por encima de partidismos homicidas⁶. «Arte de vivir con todos» en este mundo es, pues, lo que nos propone Montaigne, no una evasión

⁶ Al estudio de esta traducción hemos dedicado un extenso trabajo —inédito— que no vamos a intentar resumir aquí. V., no obstante, Juan Marichal, «La voluntad de estilo», *Revista de Occidente*, 1971, Tercera parte, *Montaigne en España*, pág. 101.

hacia el Cielo, no el logro de una felicidad ultraterrena que compensa los infortunios de la vida real, sino un arte de vivir en la tierra, plenamente humano, asumiendo todas las imperfecciones de nuestro ser, sin envanecernos de ellas, pero sin pretender superarlas con penitencia, arrepentimientos, ni ensueños místicos, sino en cierta medida —la única posible dada nuestra condición natural— por la razón. Por la débil razón humana cuyos extravíos y contradicciones ha puesto bien de relieve cuando, pretendiendo alcanzar lo absoluto, sólo consigue perderse en divagaciones absurdas y perniciosas. Con acierto se ha dicho que Montaigne no ha tratado de resucitar ninguna de las doctrinas morales de la antigüedad; ha hecho algo más, ha hecho revivir el espíritu que les es común a todas: el método racional.

El escepticismo que profesa, tan traído y llevado y tantas veces asimilado a una actitud negativa, de desengaño total, de duda universal, de aniquilamiento de la razón —precisamente definido así por los dogmáticos, los que se creen poseedores de la verdad y sólo conciben la duda como una falta de firmeza o como indiferencia propia de espíritus inseguros de puro débiles— recobra en él auténtico y primitivo sentido del término: el rechazo de todo dogmatismo, la reivindicación de investigar sin prejuicio alguno, porque «estamos hechos para buscar la verdad». En Montaigne, la suspensión del juicio, que sólo aconseja cuando nuestro entendimiento no es capaz de elegir entre distintas proposiciones porque ninguna es lo bastante convincente, no es en modo alguno un nihilismo. Su duda no es despreocupación ni apatía, ni vaciedad; es, frente al vulgo que tantas veces aduce como argumento supremo de creencia el decir que en algo hay que creer, la expresión de la única postura digna del intelectual. Su escepticismo es, como el de los antiguos, una meditación honda, conmovedora, orientada únicamente hacia la experiencia y la vida. Bien ha captado ese peculiar sentido Azorín cuando estima que su «análisis del escepticismo lleva al vértigo. Poco a poco se apodera del ánimo una emoción profunda. Y emoción honda habrá cuando de sus páginas ha salido una de las escenas más emocionantes de la dramaturgia universal: la escena del cementerio en el *Hamlet*...»⁷.

Totalmente ajeno a una concepción religiosa de la vida, adelantándose a los filósofos del siglo XVIII, ha iniciado el gran combate por la felicidad en la tierra. «El hombre, nos dice, ha agravado sus males por otros inventados por él (...). Bastante miserable es ya tu condición, sin que lo sea por tus artes.» En cuanto a él, procura adueñarse de todas las ocasiones que puedan proporcionarle placer, aspirando a vivir y a disfrutar lo más posible. Mas sus placeres son placeres de buena calidad, moderados siempre por la razón que debe tender a hacernos felices. Moral laica, conciencia libre, racionalista, a la medida del hombre, tratando de hacer más grata la vida en este tradicionalmente llamado valle de lágrimas, extendiendo la alegría y rechazando la tristeza cuanto se pueda. Está de acuerdo, por supuesto, en que la virtud lleva en sí misma su recompensa, en la satisfacción interior, inefable que entraña. Mas, y esto es la gran novedad, se atreve a decir que esto no es suficiente para el logro de la felicidad. Se requiere, además de la paz

⁷ «Azorín», *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1954, tomo IX, pág. 723. Las frases de Montaigne a que alude «Azorín» están en el capítulo XII del libro II de los *Ensayos* y son, a nuestro parecer, las siguientes: «c'est le déjeuner d'un petit ver que le coeur et la vie d'un grand et triomphant empereur». Y también: «Car pourquoi ne dira un oison ainsi: Toutes les pièces de l'univers me regardent, la terre me sert à marcher [...] c'est pour moi [que l'homme] fait semer et moudre; s'il me mange, aussi fait-il bien l'homme son compagnon, et si fais-je moi les vers qui le tuent et qui le mangent.» Cfr. Shakespeare, *Hamlet*, acto IV, escena III: «¿... dónde?» —Hamlet: «En algún sitio donde no come, sino donde es comido [...] El gusano, veis es vuestro emperador en cuanto a buena comida. Engordamos a todas las criaturas para engordarnos; y nos engordamos nosotros mismos para las larvas...»

interior de la conciencia, un cierto bienestar material, buena salud y las comodidades que hacen agradable la vida. Odia el dolor, la pobreza, la enfermedad. Ni comprende ni estima esas naturalezas capaces de sufrir martirio sin pestañear; las considera anormales.

Así, pues, sobresale en Montaigne un racionalismo que no hay por qué oponer a la sensibilidad, tan evidente en él, por su elevado sentido de la amistad, por su amor a los animales y hasta a las plantas, por su horror de los procedimientos judiciales al uso, de la tortura, de los crímenes de la colonización, de las penas contra herejes y supuestos brujos, sensibilidad que no han experimentado nunca los fanáticos que matan o hacen matar por devoción.

Y esto nos lleva a otra cuestión esencial, la de la libertad, concepto de tan múltiples resonancias y que domina los *Ensayos*. Con palabras de Séneca repite que la primera ciencia es la que nos hace libres. Mas tampoco ahora, como en el caso de la virtud, se conforma con una libertad únicamente interior, espiritual, como puede ser la del preso o la del esclavo. Aspira a una libertad total, sólo limitada por la razón y el sentido de la responsabilidad. No hay en los *Ensayos* ninguna apología de la libertad, nada de frases altisonantes ni de manidas loas retóricas. Es un sentimiento siempre patente aunque no siempre explícito y que constituye la esencia profunda de toda la obra, la raíz última del ser de Montaigne. Surge en cualquier contexto, a propósito de alguna observación, en breves alusiones o detalles concretos, íntimos. La libertad le es tan indispensable que «sólo con que le prohibieran el acceso a un lugar cualquiera de las Indias, ya viviría a disgusto». Recuérdese igualmente esta afirmación particularmente comprometida: «Si las leyes que sirvo me amenazaran tan sólo con la punta del dedo, me iría inmediatamente en busca de otras dondequiera que fuese.» Y es que no existe en él huella alguna de orgullo patriótico. Está muy por encima de esos particularismos estrechos, de esas ridículas rivalidades de campanario, tantas veces sangrientas. No solamente no comparte la pasión del hombre vulgar por el terruño propio —que no ha elegido, que no ha podido rechazar—, sino que le avergüenza ver a los hombres enamorados de lo suyo, sólo porque es suyo, exaltándolo como lo único y mejor y despreciando y criticando sin argumentos válidos lo de los demás. Considera a «todos los hombres compatriotas suyos y abraza a un polaco como a un francés, posponiendo la unión nacional a la universal y común entre todos los hombres». No se siente atraído por los aires de su región natal más que por los de otra cualquiera, él que únicamente se siente francés gracias a la capital, París, gloria de Francia y ornato del mundo.» No comprende la opinión de Sócrates, paradigma de sabios en su criterio, que decía preferir una sentencia de muerte a una sentencia de exilio...

Y para terminar esta somera evocación de algunas ideas clave tan actuales de Montaigne, digamos que tras una crítica de la razón humana, basada en ejemplos concretos, irrefutables y no en generalidades abstractas, los *Ensayos*, en nuestra opinión, son una ofensiva discreta pero firme, tan sutil como enérgica, contra lo irracional. Contra lo irracional, que adopta tantas formas según las épocas y países y que tantas veces se disfraza de espiritualidad o de generosidad, hay que luchar siempre. Porque lo irracional vuelve siempre, insistente y contumaz, violento o solapado, al menor descuido de la inteligencia. Penetra en los ánimos por la adulación de los instintos más bajos y primitivos o por la exaltación de los sentimientos más rudos y estóridos, para servir intereses inconfesables. ¿Acaso no nos ha prevenido Montaigne de que el hombre tiende a creer con más facilidad aquello que menos entiende? Hoy en que nos acechan tantos fanatismos y en que se insinúa arteramente lo irracional so capa de ciencia paralela; en que se hacen rebrotar y

pululan tantas sectas obscurantistas; en que se quiere hacer resurgir en lo desconocido, lo misterioso; en lo todavía incomprendido, lo sobrenatural, la desconfianza inteligente del espíritu de Montaigne, siempre despierto, alerta, atento a la objetividad e imparcialidad de su juicio, es un ejemplo y una prueba de honestidad intelectual.

Por eso volvemos a decir ahora nuestro disgusto por la inexistencia en nuestro país de una buena traducción de los *Ensayos*, inexistencia que nos llena de rubor cada vez que hemos de confesarla. Como ya es bien sabido, la primera traducción española de los *Ensayos* fue emprendida en 1634 por Diego de Cisneros. A pesar de sus modificaciones en un sentido más ortodoxo, a pesar de la protección y estímulo del inquisidor don Pedro Pacheco, a pesar del interés de muchas personalidades que le apremiaban para que no demorase la publicación, fracasó en su empresa. Esta traducción, hoy lo sabemos con certeza, no se imprimió jamás. Ya hace algunos años sospechamos que precisamente el *Discurso* que, a modo de prólogo, escribió Cisneros, fue, si no la única causa, al menos motivo importante de la no publicación de esta versión. Cisneros terminó su traslación del Primer Libro de los *Ensayos* el 12 de septiembre de 1636 y es de suponer que inmediatamente la sometería a aprobación; en efecto, en el manuscrito constan dos aprobaciones y las correspondientes licencias inquisitoriales para la impresión otorgadas por el Vicario L. Lorenzo Iturrizaga y el Licenciado Pedro Blasco que llevan fecha de 1.º de septiembre de 1637 y del 9 del mismo mes y año, respectivamente. Mientras llegaba esta aprobación Cisneros inició la redacción de su *Discurso* el 16 de agosto del 37 y lo terminó el 28 del mismo mes, es decir, unos días antes de obtener los referidos permisos. Pero su *Discurso* ya no posee aprobación alguna. Está claro que el texto de los *Ensayos*, con las modificaciones introducidas por Cisneros, no despertó ningún recelo, por lo que nos pareció más que probable que fue el propio Cisneros con su *Discurso* y sus explicaciones quien, ingenuamente y a pesar suyo, descubrió a los censores la «peligrosidad» de la obra. Y ahora, recientemente, hemos comprobado que los *Ensayos* fueron incluidos en el *Índice* de la Inquisición española, publicado en 1640, el primero que salió a luz tras haber concluido Cisneros su traducción. Y así es cómo esta versión que, de haberse publicado en su momento habría colocado a España entre las primeras naciones que tradujeron a Montaigne en tercer lugar exactamente, después de la de Londres en 1603 y la de Venecia en 1633— quedó perdida y desconocida hasta casi nuestros días. Perdió para siempre la oportunidad de ser estímulo fecundo del pensamiento cuando sus ideas, todavía actuales, podían haber sido fermento renovador.

Luego se hizo el silencio durante más de tres siglos, hasta 1899 exactamente, en que aparece, impresa en París, la versión de los *Ensayos* en lengua española, llevada a cabo por el erudito Constantino Román Salamero. Mas ocurre que esta traducción se basa, como es natural, en una edición francesa anterior a esa fecha, es decir, cuando todavía los especialistas de Montaigne no habían dedicado demasiada atención a las infidelidades de las ediciones de los siglos XVII, XVIII e incluso del XIX.

No podemos detenernos aquí en el complejo problema que presenta el estudio de las ediciones francesas de los *Ensayos*. Sabido es que Montaigne solía corregir y aumentar el texto de su libro cada vez que daba una nueva edición a la imprenta. Así la edición príncipe de 1580 (Burdeos) apareció con interesantes variantes y adiciones en 1582 (Burdeos) al regreso de Montaigne de su viaje a Italia. Contiene, por ejemplo, la famosa fórmula de sumisión a la Iglesia Católica (Libro I, cap. LVI) que no figura en la primera edición y que se supone que Montaigne se sintió

obligado a hacer tras haberle sugerido los censores romanos la supresión de algunos fragmentos de su libro. Lo curioso es que Montaigne no corrigió nada limitándose a añadir esa fórmula de sumisión y obediencia. La edición de 1587 (París) es simple reproducción de la anterior, más la de 1588 (París) la última publicada por el propio Montaigne comprende un *tercer libro* más y seiscientas adiciones a los dos primeros. Un ejemplar de esta edición, también corregido y con numerosas adiciones y notas manuscritas al margen debía constituir el original de la próxima edición que Montaigne preparaba. Este valioso documento, llamado hoy *ejemplar de Burdeos*, se conserva desde la Revolución francesa en la Biblioteca municipal de dicha ciudad. Antes había pertenecido a los frailes bernardos en cuyo convento fue depositado por los descendientes de Montaigne. Pero Montaigne, muerto en 1592, no logró llevar a efecto esta impresión. A instancias de su viuda, el poeta Pierre de Brach preparó el nuevo original y lo entregó a la gran admiradora del genial pensador, la señorita de Gournay, para que se encargara de su publicación. Y así es cómo después de la muerte de Montaigne salió a luz la edición de 1595, considerada durante mucho tiempo como definitiva. De esta edición y de la de 1598, ambas llamadas «ediciones póstumas», proceden todas las publicadas en los siglos XVII, XVIII e incluso gran parte de las del siglo XIX. Pero ya en el siglo XVIII se observó que las ediciones de 1595 y de 1598 no reproducían con exactitud el texto del *ejemplar de Burdeos* legado por Montaigne. A pesar de ello, las ediciones del siglo XIX siguieron basándose más o menos en el texto de las «ediciones póstumas». Como dice Pierre Bonnet, distinguido montaignista especializado en el estudio de las ediciones de los *Ensayos*, el problema que plantea el lograr conocer el auténtico y definitivo original de Montaigne no atrajo la atención de los eruditos hasta principios de nuestro siglo. Y aún ahora persiste otra dificultad que puede considerarse insoluble. Y es que el *ejemplar de Burdeos* depositario último del pensamiento de Montaigne fue encuadernado por los monjes bernardos en cuyo poder estuvo hasta la Revolución, según hemos dicho, y el encuadernador, al hacer su trabajo, cortó parte de las hojas, perdiéndose así palabras e incluso fragmentos de frases, para siempre. Esto explica que, contrariamente a lo ocurrido con las obras de Rabelais, Ronsard, Du Bellay y otros prosistas y poetas del siglo XVI, no exista en Francia una edición crítica de los *Ensayos*⁸.

No obstante y, resumiendo mucho, diremos que, en la actualidad, las mejores ediciones francesas reproducen la llamada «edición municipal» (Burdeos, 1906-1919), elaborada por una comisión de montaignistas que sigue en todo lo posible el *ejemplar de Burdeos*. También suelen hacer constar con diversos artificios tipográficos o en nota las distintas etapas del texto (1580, 1582, 1588 e incluso 1595).

Ni vamos a entrar ahora en la crítica de algunas ediciones españolas en que abundan párrafos ininteligibles; en que se ha perdido toda la intención profunda de una velada ironía, en que una frase cargada de luminosas sugerencias ha quedado reducida a algo anodino e insustancial. «Subyacen en toda obra literaria —nos ha dicho con gran perspicacia Ángel María de Lera— tensiones, intenciones y misterios inexpresados y también un hervor profundo de vida; es lo que tiene que percibir y dejar traslucir, a su vez, el traductor, lo que requiere un agudo sentido interpretativo, intuición y una gran cultura literaria»⁹.

Lo que queremos, sobre todo, advertir es que, inexplicablemente, las pocas tra-

⁸ Pierre Bonnet, «L'Exemplaire de Bordeaux et le texte définitif des *Essais*», en *Mémorial du I Congrès international des Etudes montaignistes*, Bordeaux, 1964, y Pierre Bonnet, «Le texte des *Essais* de Montaigne: évolution de sa structure des origines à nos jours» en *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, quatrième série, n.º 7-1966 (juillet-septembre).

⁹ Ángel María de Lera, *Los fanáticos*, Barcelona, Editorial Linosa, 1969, pág. 238.

ducciones españolas más recientes, siguen reproduciendo, más o menos retocada, la versión de Constantino Román Salamero, obra muy meritoria en su tiempo pero que lógicamente se basa, como hemos dicho, en las ediciones francesas procedentes de las de 1595 y 1598. Todas ellas siguen haciendo figurar el capítulo XIV en el lugar del XL, por ejemplo, admitiendo redacciones erróneas y lo que es mucho más grave, carecen de las interesantísimas variantes y adiciones introducidas por Montaigne en el *ejemplar de Burdeos*.

Sirvan de ejemplo las dos siguientes:

«Il est vraisemblable que le principal crédit *des miracles*, des visions, des enchantements et de tels effets extraordinaires vienne de la puissance de l'imagination agissant principalement contre les âmes du vulgaire, plus molles. On leur a si fort saisi la créance qu'ils pensent voir ce qu'ils ne voient pas» (Libro I, cap. XXI).

«[El preceptor debe actuar con su discípulo de modo] qu'il lui fasse tout passer par l'étamine et ne loge rien en sa tête par simple autorité et à crédit; les principes d'Aristote ne lui soient principes, non plus que ceux des Stoïciens ou Epicuriens. Qu'on lui propose cette diversité de jugements: il choisira s'il peut, sinon il en demeurera en doute. *Il n'y a que les fols certains et résolus*» (Libro I, capítulo XXVI)¹⁰.

Concluiremos, pues, deseando fervientemente que cuanto antes se pueda leer en España una versión digna del pensador que quería que sus *Ensayos*, «venciendo esas actitudes cobardes e hipócritas nacidas de nuestras imperfecciones, atrajesen a los hombres a la razón y a la libertad».

OTILIA LÓPEZ FANEGO

¹⁰ Lo subrayado no figura en las traducciones españolas.